

él. Aunque era tan empeñoso en buscar el bien de los otros y tan compasivo para con todos, mostraba particular empeño y ternura con los enfermos, alimentando, curando, consolando y auxiliando con todos los socorros necesarios á la salud del alma y del cuerpo á cada uno, con tal dedicacion como si fuera el único neófito encomendado á su cuidado pastoral. Esta grande caridad se explicó más en las epidemias que tanto afijieron á las Misiones meridionales, en cuya época trabajó con exceso. A veces, hallándose tambien enfermo y tan débil que no podía tenerse en pié, se hacía llevar por sus neófitos á lugares no pocas leguas distantes de Santiago á socorrer á los enfermos: á veces iba por su pié, casi arrastrándose, á socorrer á otros no muy distantes. Los sentimientos de su heroica paciencia en las tribulaciones fueron reducidos por él á esta lacónica expresion que tenía siempre en la boca. *Todos los trabajos por el amor de Dios.* Expresion que se hizo familiar á los soldados que le acompañaban y á sus neófitos, los cuales se valian de ella útilmente en cualquiera adversidad, aunque ligera. Los luminosos ejemplos de su vida le conciliaron la reputacion de santo entre los que eran testigos de ellos, los cuales referian tambien algunas cosas extraordinarias que el vulgo tuvo por milagrosas; mas nosotros como no las creemos del todo superiores á las fuerzas de la naturaleza, no dudamos que serian gracias particulares del cielo alcanzadas por los méritos de este fiel siervo de Dios. Finalmente, despues de diez años de tareas verdaderamente apostólicas, murió santamente el P. Tempis en su Mision de Santiago, y á los tres años, en 1749, se imprimió en México una breve relacion de su inocente vida.

El P. Clemente Guillen era natural de Zacatecas, ciudad de Nueva España. Despues de haber sido catedrático en México, fué enviado por los Superiores á las Misiones de la California, á donde llegó el año de 1714, despues de haber naufragado y sufrido otros gravísimos contratiempos, y permaneció treinta y cuatro años trabajando gloriosamente hasta su muerte. Plantó la Mision de la Virgen de los Dolores en el país de los guaicuras, el más estéril de la Península, y en los veinticinco años que la gobernó con mucha fatiga convirtió la mayor parte de aquellos feroces bárbaros. En 1746 el Superior de las Misiones, viéndole muy débil por los años, los trabajos y las enfermedades, lo exoneró del cargo de misionero y le envió á descansar á Loreto; mas aun allí continuó trabajando cuanto le fué posible y dió un raro ejemplo de celo, porque habiendo llegado á la Mision de tierra muy remota, una india anciana cuya lengua no entendían los misioneros, él, á la edad de setenta años, se puso á aprenderla con el solo fin de doctrinar aquella mujer, y en este heroico ejercicio de caridad le sobrevino la muerte en 1748.

Por el mismo tiempo tuvo otra pérdida la Península en la separa-

cion del P. Sebastian de Sestiaga, que por veintinueve años habia gobernado las Misiones de Mulegé y de San Ignacio con gran provecho espiritual y temporal de ellas. Su ancianidad y graves enfermedades obligaron á los Superiores á enviarlo á México y despues á Puebla, en donde falleció santamente algunos años despues, como veremos en su lugar.

A todas esas pérdidas, bien sensibles, se agregó la del famoso D. Estéban Rodriguez Lorenzo, gobernador por muchos años de la California, y cuyos servicios reclaman un honorífico recuerdo en esta historia.

“D. Estéban Rodriguez Lorenzo, dice el P. Clavijero, de quien tantas veces se ha hablado en esta historia, era natural del Algarbe, país de la corona de Portugal, de donde siendo aun jóven pasó á Sevilla y de allí á México, donde fué algunos años mayordomo de una hacienda perteneciente al Colegio de Jesuitas de Tepotzotlan. En 1697 cuando el P. Salvatierra, Rector antiguo de aquel Colegio, emprendió su primer viaje á la California, Rodriguez se comprometió á acompañarle y fué admitido en calidad de soldado, despues de haberle hecho entender las incomodidades y riesgos anexos á aquella empresa. En 1701 fué creado capitán y gobernador por los votos de sus compañeros, á cuya eleccion dejó este nombramiento el P. Salvatierra. Ejerció este empleo con grandes aplausos por más de cuarenta años, conciliándose con su buena conducta la estimacion de los misioneros y el respeto de los soldados y de los indios. Tenía grande valor, constancia superior á las mayores dificultades, prudencia rara, suma integridad en la administracion de justicia, y sobre todo, buenas costumbres, piedad ejemplar y mucho celo por la gloria de Dios. Diariamente oía Misa y asistía á todos los otros ejercicios de piedad que se practicaban en la Iglesia de Loreto. A él se confesaron en gran parte deudores los misioneros de los progresos del Cristianismo en la California. Siempre que se plantaba una nueva Mision, iba con algunos soldados en compañía del misionero al lugar designado y permanecía con él por algun tiempo, no solo para defenderle de cualquier tentativa de los bárbaros contra su persona, sino tambien para ayudarle en abrir el camino, preparar el terreno labrantío y construir los rústicos edificios que al principio servían de Iglesia y de habitacion. El era el primero en todos aquellos trabajos, obligando á hacer lo mismo con su ejemplo á los soldados y á los indios, con cuyo arbitrio se terminaban muy pronto las obras que de otra suerte habrian necesitado mucho tiempo. Varias veces dió pruebas de que el atractivo de las riquezas no era capaz de torcer su virtud ó inducirle á cometer una accion que le pareciese ilícita ó indecorosa. Hallándose una vez en la isla de S. José, le ofrecían los indios una gran cantidad de perlas por la espada que llevaba en la cinta; pero él no

quiso absolutamente entrar en aquel contrato, aunque sumamente ventajoso, juzgando cosa indigna de un militar despojarse de sus armas por cualquier interés que fuese. En 1744 habiendo cegado, quedando por tanto inútil para el servicio, el Superior de las Misiones consiguió del Virey que sus empleos recayesen en su hijo D. Bernardo Rodríguez de Larrea; pero no pudo conseguir que á aquel digno militar octogenario y ciego que habia servido al Rey cuarenta y siete años con tanta fidelidad, se le asignase para pasar el resto de su vida ni aun la miserable pensión que se dá á un soldado inválido. Bien que él no la necesitaba, porque estaba seguro de tener en abundancia todo lo necesario de la piedad de su buen hijo y de la caridad y gratitud de los misioneros. Murió, finalmente, como buen cristiano, en 1º de Noviembre de 1746.—Su hijo, de quien hace mención el P. Alegre, gobernó la California seis años, y murió en 1750.

En 1747 y 1751 se registran dos disposiciones del R. P. General Francisco Retz, relativas á la Provincia: es la primera la aprobación del Menologio, ó elogios breves de los varones más señalados por su perfección religiosa ó célebres por su martirio sufrido en las tribus bárbaras, cuya aprobación se habia solicitado por la Congregación Provincial, celebrada en México en Noviembre de 1733. Esta obra fué dirigida por el V. P. Juan Antonio de Oviedo, quien averiguó con auténticos documentos y dejó consignado á la posteridad en el elogio del V. P. Pedro Gutierrez, que el glorioso mártir del Japon S. Felipe de Jesus, nuestro paisano, habia sido su discípulo en el primer curso de latinidad que habia seguido en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo. La segunda fué relativa á la célebre obra, titulada: "Luz de verdades católicas," escrita por el P. Juan Martínez de la Parra, natural de la ciudad de Puebla, la que habia sido traducida primero en idioma italiano y despues en latin, mudándole su título y callando el nombre del autor. Reclamó el P. Provincial aquella omisión á Roma, de donde recibió la siguiente respuesta en 17 de Noviembre del citado año de 1751: "Digo, escribe el P. General, que queda á mi cuidado que en la Biblioteca de la Compañía se ponga como autor del Libro, "Luz de verdades católicas" al P. Juan Martínez de la Parra, de tanta gloria para esa Provincia, con lo que se repara enteramente el honor de esa Provincia y del P. Parra. Doy á V. R. mis agradecimientos por esa noticia, etc."

En el mismo año de 1747 un suceso que se tuvo por prodigioso ocurrió en la Ciudad de Puebla, sirviendo para renovar la devoción que se profesaba en la Catedral al Santo fundador de la Compañía de Jesus. Fué el caso que desde 1706 se habia destinado una capilla de la dicha Catedral al culto de S. Ignacio, habiendo la Provincia y otros devotos adornádola con tres altares con hermosas imágenes, una del Santo Padre, otra de S. Francisco Javier y la terce-

ra de S. Francisco de Borja. Al principio hubo mucha devoción á los gloriosos Santos Jesuitas; pero entibiada despues, la capilla quedó reducida á bodega de la Sacristía, sin que se viese en ella lámpara alguna, ni se celebrara en ninguno de los tres altares el Santo Sacrificio de la Misa. Pero queriendo el Señor volver á encender en el corazón de los fieles aquel olvidado afecto y reverencia á sus siervos, permitió que aquel lugar fuera el sitio al que se dirijieran varios rayos que cayeron en la capilla en diversos años, á lo que no se daban por entendidos ni los Señores Capitulares, ni los que anteriormente frecuentaban ese santo lugar. Pero el 22 de Julio de 1747 en que comienza la Novena de S. Ignacio, estando los Canónigos en coro rezando vísperas, cayeron dos rayos con poca distancia de tiempo, y el 27 del mismo mes cayó el tercero con la circunstancia de que el cielo por la mayor parte estaba sereno y despejado de nubes, y solo hácia la parte del Oriente habia una pequeña nubecilla muy distante de la Iglesia Catedral; ninguno de los tres rayos produjo daño alguno en las personas ni perjuicio considerable en los altares de la capilla. Este suceso, que fué autenticado con todos los requisitos legales, renovó la resfriada devoción de los fieles, y sobre todo del Cabildo eclesiástico, que resolvió no solamente asear la capilla, como lo hizo, sino que por acuerdo del Cabildo, quedó determinado que el 31 de Julio, día dedicado al Santo Patriarca, se celebrase su fiesta como de segunda clase, colocando su imagen en el altar mayor, procesion de vuelta entera, rogacion de campanas, canto de Letanías Mayores, con las preces y oraciones acostumbradas en este género de rito decretado á los Santos Patronos.

Prosiguiéndose la fundación de nuevas Misiones, el P. Fernando Consag, que habia sucedido al P. Sestiaga desde el año de 1747 con tal dedicación, que en 1751 habia ya convertido, catequizado y bautizado más de quinientos indios, determinó buscar sitio mejor para plantar otro nuevo establecimiento, á cuyo efecto hizo varias salidas de su Mision hácia el Norte, más de veintisiete leguas de la de S. Ignacio. El sitio no era de lo mejor; pero no encontrándose otro, y siendo necesaria la fundación se determinó fijarla en él, dedicándola á Sta. Gertrudis, segun el piadoso marqués de Villapiente, que habia hecho donación del capital, para que se fundase en el país de los cochimies.

"Pero antes, escribe el P. Clavijero, de establecer la nueva, quiso el P. Consag hacer otra salida mayor que las anteriores, internándose cuanto le fuese posible hácia el Norte en busca de lugares donde plantar Misiones. Con este fin salió de S. Ignacio en Mayo de 1751 en compañía del nuevo capitán D. Fernando de Rivera, llevando un competente número de soldados, cien neófitos, y muchas bestias

cargadas de víveres y agua. La razon de llevar una comitiva tan numerosa, fué el evitar los desastres que de otra suerte habrian acaecido, porque siendo pocos y teniendo que caminar por países desconocidos y entre bárbaros que no tenían ninguna noticia del Cristianismo, habrian sido infaliblemente atacados, y se habrian ocasionado desgracias de una y otra parte; al contrario, siendo crecido su número, ninguno se habia de atrever á hostilizarlos. Por otra parte, en aquellos países montuosos y sin caminos, eran necesarios muchos brazos para abrirlos y proporcionarlos á las caballerías. El P. Consag tomó por aquella parte de los montes que mira al mar Pacífico, porque se habia observado que de aquel lado eran menos raras las fuentes en todos los terrenos de la Península hasta entonces conocidos; más habiendo girado dos meses é internándose hasta los 30 grados y más, no pudo hallar ningun lugar con agua suficiente para una Mision. Al acercarse á esa altura, en un sendero por donde iban á pasar vieron un ramo de pitahayo atravesado con flechas, signo con que los amenazaban los bárbaros de tratar de aquella manera á quien se atreviese á pasar adelante; pero nuestros viajeros pasaron sin hacer aprecio de aquellas amenazas y los bárbaros no se atrevieron á hostilizarlos, antes bien los recibieron como amigos, y admirados al ver los caballos, suplicaron al capitán que los mandase á pacer cerca del lugar donde vivian sus parientes, para que tambien ellos pudiesen verlos. El capitán les dió gusto, y ellos no se cansaban de contemplar aquellos grandes y hermosos animales, tan dóciles al imperio del hombre. Este desgraciado y dispendioso viaje no fué inútil, porque aunque no se consiguió lo que se pretendía, sirvió de amansar á los salvajes, de aficionarlos al Cristianismo y de abrir con el bautismo las puertas del cielo á los párvulos que estaban peligrosamente enfermos y que en efecto murieron.”

Habiendo vuelto el P. Consag á S. Ignacio, envió al lugar destinado á la nueva Mision algunos de sus neófitos acostumbrados ya al trabajo, con el fin de que fabricasen la Iglesia y las casas necesarias, bajo la direccion de un célebre indio ciego llamado Andrés Comanají, conocido tambien con el apellido de Sestiaga, tomado de su maestro y padre en Cristo, Sebastian de Sestiaga. Este indio fué al principio catequista en la Mision de Mulegé y despues ejerció el mismo empleo con mucho aprecio en las de S. Ignacio y Santa Gertrudis hasta la expulsion de los Jesuitas. Su virtud ejemplar, el celo que manifestaba por la conversion de sus paisanos, la gracia particular que tenía para explicarles y hacerles entender los misterios de nuestra religion, la constancia en instruirlos, la paciencia inalterable con que sufría la inquietud de los niños y la rudeza de los catecúmenos que enseñaba, hicieron famoso el nombre de Andrés y le captaron el aprecio de los Misioneros y soldados y el respeto y ve-

neracion de los indios. Frecuentemente fortificaba su alma inocente con los Santos Sacramentos, y todo el tiempo que no empleaba en el catequismo ó en las necesidades de la vida, se estaba en la Iglesia orando con mucha devocion. No debe admirarse que un ciego fuese arquitecto y director de aquellas fábricas, porque eran tan toscas, que no necesitaban de reglas de arquitectura, y la habilidad de Andrés era tal que suplía con el tacto la falta de vista. La armazon de aquellos rústicos edificios era de madera, y las paredes de lodo y piedras pequeñas; el techo era tambien de madera y de varas ó cañas cubierto de juncos. Se plantaban cuatro horcones en los cuatro ángulos de cada estancia, y á ellos se ataban fuertemente con correas de cuero, tanto los palos que servían de paredes, como las varas ó cañas del techo, y así en estas fábricas no se necesitaba plomada, ni martillo, ni clavos, ni cal. Estos eran los mejores edificios que se construían por primera vez en las Misiones, pues por lo comun no eran más que cabañas ó meras enramadas. Cuando las Misiones con el tiempo adquirieron estabilidad, los neófitos comenzaban á sacudir la pereza de la vida salvaje y se conseguían mejores materiales para fabricar, se construían buenas Iglesias y casas más cómodas.

Concluidas las fábricas de Santa Gertrudis, pasó á establecer la Mision en el estío de 1754 el P. Jorge Retz, alemán, que desde el año anterior habia estado en la Mision de San Ignacio aprendiendo la lengua cochimí. Cada uno de los misioneros, segun el uso constante de aquella Península, contribuyó con lo que pudo para el nuevo establecimiento, dando algunas cabras, ovejas, vacas, caballos, mulas, ó alguna cantidad de víveres. Con este auxilio que recíprocamente se daban los misioneros, se evitaban muchas necesidades y se activaban los progresos de las Misiones. El P. Retz comenzó la suya con seiscientos neófitos catequizados y bautizados por el P. Consag; pero como éstos daban noticia á los gentiles sus vecinos de la nueva ley, de la necesidad del bautismo para salvarse y del buen trato que les daban los misioneros, comenzaban aquellos á venir en grupos de treinta, de cuarenta ó de setenta personas pidiendo el bautismo, y así en pocos años tuvo el P. Retz á su cuidado hasta mil cuatrocientos neófitos, ayudado por el catequista Andrés Comanají. Cuando alguno de los catecúmenos era bautizado, le daba el misionero segun la costumbre desde mucho tiempo antes introducida en aquella Península, una crucesita que debia siempre llevar pendiente del cuello para que le sirviese de insignia de su fé y le excitase siempre la memoria de la redencion. Para que aquella Mision se consolidase y prosperase no faltaba sino la agricultura, pero todo aquel terreno era muy pedregoso y falto de agua. Sin embargo, apenas habian pasado dos meses despues de su establecimiento, cuando en un lugar no muy distante de ella se encontró un manantial pequeño, y casi á

una milla de él un corto giron de tierra capaz de cultivo, al cual se condujo el agua por un angosto canal abierto en la piedra viva. Cerca de éste se formó otro pequeño campo con tierra llevada de otra parte y extendida sobre las piedras como solía hacerse en la Península, usando de toda la economía posible para no perder nada de aquella poca agua. Se plantaron tambien algunos árboles frutales y una viña que, á su tiempo, dió buen vino. A pocos años los campos cultivados daban ya todo el trigo y maíz que la Mision necesitaba, pero era necesario para esto sembrar sucesivamente en la misma tierra las dos semillas. La tapa del trigo se hacía en Octubre y la cosecha en Mayo; despues de ésta seguía luego el abono de la tierra y los nuevos barbechos para sembrar en Junio el maíz, cuya cosecha se levantaba en fines de Setiembre, volviéndose á labrar el mismo terreno para tapar el trigo en el mes siguiente. Tambien era singular el modo de guardar el vino: no siendo conocidas allí las pipas ni pudiendo tener el P. Retz aquellas tinajas de barro de que se hacía uso en otras Misiones, determinó que para esto se labrasen algunas de aquellas piedras muy grandes que abundan en el país, ahuecándolas á manera de sepulcros y cubriéndolas con tablas empegadas. En semejantes vasijas se conservaba bien el vino.

El buen éxito de esta Mision reavivó el ardiente celo del P. Con-sag. Este en el viaje que hizo al rio Colorado en 1746, no habia podido hallar en toda la costa oriental de la Península ningun lugar á propósito para plantar una Mision, ni tampoco en el viaje de 1751 pudo hallarle en aquella parte de las montañas que mira al mar Pacífico. No faltaba, pues, sino buscarla en la parte de las mismas montañas que miran al golfo. Con este fin emprendió el mismo misionero en la primavera de 1753 un tercer viaje no menos laborioso é infructuoso que el segundo. Se internó hasta los 31 grados sin hallar mas que grandes pedregales que maltrataron mucho las béstias.

Por estos años y algunos de los siguientes sufrió la California la plaga de la langosta que habia aparecido anteriormente, sobre lo cual parece conveniente decir dos palabras tomadas de la citada historia del P. Clavijero:

“Esta plaga, escribe, tan lamentable en los países fértiles, lo es más en aquella miserable Península, en donde los campos y bosques quedan desolados, las yerbas consumidas y los árboles desnudos y en parte descortezados; siguiéndose de aquí la mortandad en los ganados por falta de pastos y la hambre y las enfermedades de los hombres, porque muriendo á un tiempo toda aquella infinita multitud de voraces insectos, infestan el aire con su corrupcion.—Hay algunas plantas respetadas por las langostas, como los melones y sandías, á causa de la aspereza de sus hojas. Los pitahayos están naturalmente defendidos con sus espinas; pero las flores, si las hay, son

atacadas por estos insectos, así como tambien los frutos de aquellas plantas si se hienden por su madurez. Del mezcal solo comen las extremidades de las pencas, sin tocar el tallo, del que se alimentan los indios.—Si la California estuviera más poblada, podrían sus habitantes perseguir estos insectos exterminadores é impedir semejantes estragos, ó destruyendo sus huevos, ó matándolos cuando no tienen alas, y más si cada año algunas centenas de hombres discurriesen con este fin y en cierta estacion por las montañas meridionales, que son la verdadera patria de éstos terribles enemigos. Por lo demás, de nada sirven ni las humaredas, ni la gritería, ni alguna otra de las diligencias que suelen practicarse para impedir el daño. En el invierno hallándose las langostas entorpecidas por el frio y no pudiendo volar por las mañanas hasta no haberse calentado algo al sol, acuden los indios, y sacudiendo las ramas de los árboles las hacen caer al suelo y matan muchas con los piés. Un misionero habiendo ofrecido un premio á aquel de sus neófitos que le trajese cierta medida de langostas, reunía diariamente de setenta á ochenta sacos; pero por muchas que se matasen de nada serviría atendida su infinita multitud. Sin embargo, una sementera corta puede libertarse á lo meros de la mayor parte del daño, si se ocupan muchos con empeño en ahuyentarlas todo el tiempo que tardan en pasar.—Desde el año de 1697 en que los Jesuitas comenzaron á trabajar en la conversion de los californios, no hubo langosta en aquel país hasta el de 1722 en que apareció, cesando luego, y volviendo en 1746 y en los tres siguientes sin interrupcion. Despues no volvió hasta 1753 y 54, y finalmente en 1765, 66 y 67. Jamás podría aquella desgraciada Península reponerse de sus pérdidas si la multiplicacion de las langostas no se frustrase muchas veces por varios motivos. Quedando no pocas ocasiones infecundos sus huevos, se secan por la falta de lluvia, y los pájaros se comen una gran cantidad de ellos. Además de esto, suelen morir en la primavera un número increíble de langostas, á causa de ciertos gusanillos que se les engendran en el vientre y las devoran, y por este motivo en los otros años, fuera de los expresados, ó no las ha habido, ó al menos no han sido tantas que pudiesen causar un mal grave.—Antiguamente solían los californios comer con frecuencia las langostas tostadas y pulverizadas, despues de haberles quitado las inmundicias del vientre; pero los buenos consejos de los misioneros y la experiencia adquirida en 1722, en que por haber comido muchas les sobrevino una gran enfermedad, han apartado á los más de esta comida. Sin embargo, algunos continuaron comiéndolas, sintiendo no aprovecharse de lo que tanto abunda cuando otros alimentos son tan escasos.”

Volviendo á la historia, como para que las Misiones avanzasen hácia el Norte segun lo deseaban los misioneros, se necesitaban capi-

tales con que fundarlas y lugares donde establecerlas, no habiendo esperanza ni de lo uno de lo otro, movió Dios para este fin tan cristiano el ánimo de una insigne y nobilísima bienhechora. Esta fué la duquesa de Gandía D^a María de Borja, la cual por un criado suyo que habia sido soldado de la California, supo la esterilidad de aquel suelo, la miseria de los indios y los trabajos y tareas apostólicas de los misioneros. Y pareciéndole que no podia hacer cosa más agradable á Dios que emplear sus riquezas en el fomento de aquellas Misiones, dispuso en su testamento que sacando de sus bienes libres las gruesas pensiones que de por vida dejaba á sus domésticos, todo el resto se aplicase á los misioneros de la California, juntamente con los capitales de las pensiones despues de la muerte de los legatarios, y que se fundase en la Península una Mision en honor de su esclarecido antepasado, S. Francisco de Borja. La suma adquirida por este testamento en favor de las Misiones ascendía en 1767 á sesenta mil pesos, y debia recibirse casi otro tanto cuando muriesen los domésticos pensionados y se cobrasen unas deudas considerables. Con tan crecido capital se podían fundar muchas Misiones en la California, como en efecto se hubieran fundado si los Jesuitas no se hubieran visto obligados el año citado á abandonar la Península.

Faltaba vencer el otro obstáculo relativo al lugar para fundar la proyectada Mision; pero quiso el Señor que se hubiera allanado en 1758, porque el P. Retz habiendo sabido por algunos de sus neófitos que en un sitio llamado Adac, distante de Santa Gertrudis casi tres jornadas hácia el Norte, habia un manantial copioso, mandó algunas personas de confianza que le viesen y observasen el terreno. Le hallaron efectivamente en la falda de una colina poco distante del puerto de los Angeles en la costa oriental; observaron que el agua brotaba caliente y con un hedor sulfúrico, que enfriándose perdía del todo el hedor y quedaba potable; y que aunque no era tan abundante como aseguraban los indios, era suficiente para regar el terreno labrantío que allí habia.

El P. Consag se habia acercado mucho al manantial de Adac en su último viaje, pero ni le vió ni tuvo noticia de él. Casualmente era Superior de la California cuando se descubrió este lugar, y deseaba mucho plantar aquella Mision por la cual habia trabajado tanto, pero no lo consiguió porque murió en Setiembre de 1759 á la edad de 56 años. Era nativo de Austria, en donde entró en la Compañía de Jesus. Pasando despues á México, fué enviado por los Superiores á la California en 1732. En los primeros cinco años de su residencia allí rigió varias Misiones en que faltaban los misioneros, y en los veintidos restantes estuvo en la de S. Ignacio, primero en compañía del P. Sestiaga, y despues solo, cuidando no solamente de aquel numeroso cristianismo, sino tambien de los gentiles que de-

bian pertenecer á la Mision de Sta. Gertrudis, de los cuales convirtió, catequizó y bautizó seiscientos. No es fácil enumerar las leguas que anduvo este hombre infatigable en sus continuas salidas á los terrenos de su Mision, en sus viajes á los países gentiles y al rio Colorado, y en la visita que como Superior hizo á todas las Misiones de la Península, y lo que es más de admirar, estando casi siempre enfermo. Cuando en sus viajes hacia alto para que descansasen sus compañeros y las bestias, él se ponía de rodillas á orar, posponiendo el reposo del cuerpo al del alma. En suma, con sus ejemplares virtudes y sus tareas apostólicas mereció que el nombre Consag se colocase entre los de los hombres ilustres de la California.

Hacia mucho tiempo que la Península necesitaba embarcacion para el transporte de las cosas necesarias al presidio y á las Misiones. La balandra Lauretana mandada fabricar por el P. Bravo, se hallaba en tan mal estado por los continuos viajes de tantos años, que se temía que dentro de poco se inutilizase. El barco S. José, comprado por cuenta del real erario, además de ser muy pequeño, era su madera tan mala que necesitaba carena con mucha frecuencia. Por estos motivos el Virey, en virtud de las representaciones del P. Juan Arnesto, antes misionero de la California y entonces Procurador en México de las Misiones, habia mandado que se construyese un buque en Realejo, puerto de Nicaragua. Este costó al Rey más de diez y nueve mil pesos, á más de los gastos de su conduccion hasta Acapulco. De aquí se dirigió para la California á expensas de las Misiones; pero antes de llegar fué destrozado por una borrasca en las rocas del Purún, cerca del cabo de S. Lucas. La tripulacion que se salvó en la tierra próxima, fué conducida á la Mision de Santiago y sustentada dos meses por el P. misionero Francisco de Escalante. Y así este buque en vez de ser útil acarreó daño á las Misiones.

Informado el Virey de esta desgracia, permitió que en la misma California se construyese otra embarcacion por cuenta del real erario. Con este fin el P. Lucas Ventura, procurador de las Misiones en Loreto, hizo llevar de Matanchel una cantidad considerable de madera de cedro, y para los leños curvos que se necesitaban en la construccion, hizo cortar en Londó algunos mezquites ó acacias, cuya madera es durísima y á propósito para tales obras. El fabricante fué un indio de las islas Filipinas llamado Gaspar de Molina, el cual, aunque en los años que habia estado, parte en California y parte en Sinaloa, no habia dado ninguna prueba de su habilidad en este arte, construyó un buque grande, fuerte, bien proporcionado, veloz y velero; en suma, tal como lo podía haber hecho el más excelente maestro. Costó más de diez y ocho mil pesos, pero el Procurador no quiso poner en cuenta al erario más de diez mil, en consideracion á

los gastos que de él se habían hecho en la embarcación perdida poco antes. Alentado el P. Ventura con el buen éxito de esta empresa, quiso que el mismo indio Molina fabricase á expensas de las Misiones otro buque algo menor que el primero, pero igualmente perfecto, y le construyó en efecto tal cual le quería. Estos dos buques, los mejores que había habido en la California, fueron entregados al comisionado real cuando los Jesuitas salieron de la Península.

En el mismo año de 1759 en que se perdió el buque construido en Realejo, perdió también la Misión de los Dolores un barco que le servía para el transporte de las cosas necesarias, pues á causa de la suma esterilidad de aquella tierra, necesitaba que todos los víveres le fuesen de otra parte. Habiéndose suscitado en un viaje cierta cuestión entre dos indios remeros, el patron del barco que era un indio de Sinaloa de muy buenas costumbres, procuró apaciguarlos; pero recibió la muerte en premio de su caridad, porque uno de los contendientes, indignado contra él, le mató de una pedrada en la cabeza, y para evitar el castigo merecido, acordó con los otros nueve ó diez compañeros suyos, todos guaicurás, esparcir la voz de que en medio de una borrasca había fracasado el barco en un escollo, y que el patron se había ahogado porque no sabía nadar tan bien como ellos. Para hacerlo creer, destrozaron de propósito el barco y esparcieron los fragmentos, la vela, el cordaje y la carga; pero cuando esta noticia llegó á Loreto, sospechando el capitán gobernador lo que realmente había sucedido, pasó á la Misión de los Dolores y allí hizo tales investigaciones, que llegó á descubrir la verdad, confesándola llanamente todos los indios, por cuyo motivo condenó al homicida á muerte y castigó los otros con penas menores. El P. Lamberto Hastell que gobernaba aquella Misión, no quiso desde entonces tener barco, privándose de aquella comodidad por no exponer á sus neófitos á semejantes desgracias, haciendo que se le llevase por tierra todo lo necesario, aunque de lugares muy distantes y por malos caminos.

Más sensible que ésta pérdida fué la que en 1761 sufrió la California en la muerte del hermano Juan Bautista Mugazabal, que le había sido muy útil, tanto con sus servicios personales como con los ejemplos de su santa vida en los cincuenta y siete años que allí vivió. Era nativo de la provincia de Alava en España, de la cual en 1704 pasó á la California, en que fué primero soldado y después alférez hasta 1720, observando siempre una conducta irreprochable. En este año entró de coadjutor en la Compañía de Jesús, y habiendo aprendido la ciencia de los Santos en la escuela de aquel gran maestro, el P. Juan de Ugarte, llegó á ser un religioso perfecto. Estuvo encargado casi cuarenta años del almacén de las Misiones y del presidio establecido en Loreto, de las pagas de los soldados y marine-

ros de los buques, de la compra de provisiones necesarias y de su conducción á todas las Misiones. Además de esto, hacía también de sacristán de Loreto y algunas veces de catequista, portándose en tales ocupaciones, así como en todos los ejercicios de la vida religiosa, diligente, humilde, modesto y devoto. Su constancia en la oración por tantos años, llegó á gastar los ladrillos del pavimento de la Iglesia en que acostumbraba arrodillarse; pero ni esta continua aplicación de su mente á las cosas del cielo, ni su laborioso empleo de agente de las casas de las Misiones y presidios, ni las disciplinas, cilicios y ayunos con que atormentaba frecuentemente su cuerpo, ni la insalubridad de aquel clima impidieron que pasase de los ochenta años, sirviendo fielmente al Señor hasta el último suspiro y dejando después de su muerte el buen olor de sus virtudes.

Sobre las demás Misiones, que como veremos en su lugar, formaban con la de la California seis provincias en que se contaban en 1760 como noventa Jesuitas, nada podemos añadir á lo que ha escrito el P. Alegre, por falta de documentos. Pero por lo poco que dejó apuntado el sábio historiador al concluir los sucesos de ese año y lo mucho que de los dos siglos anteriores había escrito en el particular, se colige tanto el celo apostólico de los misioneros, sus trabajos, sudores y sangre para civilizar el considerable número de salvajes á quienes habían anunciado el Evangelio, cuanto las sumas dificultades que habían experimentado en ese laborioso ministerio, por la inconstancia y ferocidad de los indios y sus frecuentes revueltas en que habían perdido la vida no pocos misioneros. Los últimos en la rebelión de los pimas fueron los Padres Tomás Tello y Enrique Rowen. Pero sus servicios fueron tan apreciados por los Soberanos de España, como se conoce por la real cédula de la Reina gobernadora, madre de Carlos III, expedida en Buen Retiro á 27 de Setiembre de 1759, en que habla así, al concluir, al padre Provincial. "Todo esto hemos creído conveniente participaros, como también que quedamos con la más completa satisfacción de la conducta y celo con que vuestros operarios evangélicos se dedican al bien espiritual de las almas encomendadas á ellos, é igualmente con el más sensible disgusto de las crueles muertes dadas por los indios á los expresados religiosos." Por otra de 4 de Diciembre de 1760, dada por el mismo Carlos III, parece haberse hecho extensiva á la Provincia mexicana, la autorización para aumentar el número de los misioneros concedida á la del Paraguay, ampliándolo del de treinta al de sesenta y aún más, si se considera necesario. Es de advertir que los viáticos de los misioneros los pagaba el real erario.